

Fonseca, que conocia las cualidades de Jimeno, comprendió que en efecto no podia encontrar un servidor más fiel, más inteligente que él para poder llevar à cabo su obra y le ofreció acceder á sus ruegos.

Jimeno habia logrado su objeto.

El obispo, como primer patriarca de las Indias y superintendente de los asuntos de aquellas remotas tierras, pudo desde luego conferir à Briviesca el empleo de tesorero de la superintendencia, empleo desde el cual le era muy fácil poner obstáculos al envío de provisiones á la colonia.

Faltando víveres aumentaria la desesperacion de los colonos; atribuirian esta falta á desaciertos del almirante, y si lograba al mismo tiempo desprestigiarle en España y en las Indias, conseguia su objeto.

Un año llevaba en este empleo cuando regresaron Colon y Aguado.

Adulador inteligente, habia conseguido apoderarse por completo de Fonseca, y no dudaba que en cuanto consiguiera destruir la influencia de Colon, mejoraria de suerte, y llegaria con la proteccion de Fonseca á desempeñar alguno de los más altos oficios de Palacio.

Hasta entónces habia hecho lo que habia podido para retrasar el envío de provisiones à la colonia; pero no habia tenido una ocasion de poner en juego su inteligencia como deseaba.

Esta ocasion llegó en el momento en que recibiendo los soberanos à Colon con benevolencia, le ofrecieron darle una nueva escuadra para continuar sus descubrimientos.

Dadas las órdenes de una manera terminante para que se proporcionase á Colon los ocho buques que necesitaba, comenzó Jimeno de Briviesca á suscitar obstáculos que retrasasen la marcha y deseserasen al almirante.

CAPITULO XLIX.

Temores y dudas.

A sí como al regresar Colon de su primer viaje se despertó un gran entusiasmo, no solo en los habitantes de las costas, sino en muchos soldados agueridos, de abandonar la madre patria y pasar el Océano para adquirir riquezas en aquellos países, de los que tantas maravillas se contaban, entónces, es decir, al regresar Colon por segunda vez de las Indias, la indiferente acogida que le habian dispensado, los rumores que acerca de su conducta tiránica habian difundido, y las maquinaciones de que se habian valido sus contrarios para desprestigiarle, habian calmado aquella sed de aventuras, aquel afan de dejar lo cierto por lo dudoso, aquella fiebre de ir á lejanos países en busca de oro, y uno de los primeros obstáculos que encontró Briviesca y comunicó á Fonseca para que lo participara à los reyes, fué el de no hallar personas que voluntariamente quisieran embarcarse.

El obispo, que para no descubrir su juego simulaba haber perdonado á Colon sus ofensas, y le trataba con la mayor consideracion, aun ántes de comunicar á los reyes las noticias que habia recibido de Briviesca se las participó á Colon.

Fué el almirante á ver á los soberanos, y al indicarles las dificultades que encontraba para hallar tripulantes, les sugirió una idea, que demostraba su desesperacion.

—Al emprender el primer viaje, dijo, no habia tampoco quien quisiera seguirme; pero entónces se tomó una resolucion que bien podia adoptarse ahora, y que sin duda alguna será más benefícosa que entónces. Hay muchos criminales sentenciados à galeras ó minas, que considerarian como un beneficio la conmutacion de su pena en la obligacion de seguirme para trabajar sin recompensa ni salario alguno en los campos y en las minas de la colonia. Allí, con el trabajo y la esperanza del perdon, podriamos hacer á los criminales hombres de bien.

La idea fué acogida, y se publicó un perdon general, no solo para los que ya estaban condenados y sufrían sus condenas, sino para cuantos malhechores se presentasen al almirante resueltos á acompañarle en su tercer viaje.

Dispúsose tambien que los más criminales solo estarian dos años en las islas, miéntras que se reduciria á ménos el tiempo de los que hubieran cometido faltas más leves.

La traicion, la herejía, el asesinato, el robo en cuadrilla, eran los únicos delitos cuyas condenas no podian conmutarse.

Bien conocia Colon que llevar aquellos hombres á la colonia era llevar la muerte en donde queria que brotase la vida.

Pero aún se hacia ilusiones de que su trato, benévolo y fuerte à la vez, convertiria á aquellos hombres en vasallos sumisos, y sobre todo necesitaba llevar á cabo sus proyectos, y con tal de conseguir el fin aceptaba todos los medios, cualesquiera que fuesen.

Desgraciadamente se ha seguido despues el mismo ejemplo por casi todas las naciones que han fundado colonias, razon por la cual puede decirse que los primeros pobladores europeos de la América han llevado á su vírgen tierra todos los vicios.

No se dió por vencido Jimeno de Briviesca.

Aconsejó al obispo su protector que se opusiera al reclutamiento de aquellos criminales, por considerar perjudiciales á los primeros colonos la compañía de aquellos hombres que, cuando ménos, los avergonzarian.

Era una magnífica ocasion para protestar, fundado en un sentimiento humanitario, y el Obispo Fonseca protestó con energía contra la idea de Colon, manifestando que no era una accion digna de la metrópoli arrojar sus crímenes y vicios á las colonias.

Pero la reina habia ofrecido al almirante proporcionarle colonos de aquel modo; comprendia, como Colon, que el trabajo produciria mejores frutos que el castigo en los malhechores, y se obstinó en mantener en vigor las órdenes que habia dado.

El obispo Fonseca, manifestando de nuevo sus escrúpulos anunció que, por su parte, renunciaba á la gestion de los negocios de Indias, y se confió su direccion á Antonio de Torres.

No era este el resultado que se prometia Fonseca; pero no desmayó, porque Briviesca conservaba el oficio de tesorero, y tenia bastantes elementos para apoderarse del nuevo superintendente.

No se engañó.

En las pocas entrevistas que celebró el tesorero con Antonio de Torres le inspiró predileccion tan grande, hinchó de tal manera su vanidad, que no tardó en ser relevado de su empleo, sustituyéndole de nuevo el obispo Fonseca.

Como la mayor parte de los documentos se habian redactado en nombre de Torres, fué necesario hacerlos de nuevo, y esto produjo nuevas dilaciones.

Vencidas las dificultades de los tripulantes, surgió una nueva complicacion.

No habia buques.

Nadie queria darlos para la empresa, y aunque los reyes estaban dispuestos á tomar una actitud enérgica para adquirir embarcaciones, una desgracia inmensa para ellos y para la nacion vino á apartar sus ojos de los negocios de Indias.

El príncipe don Juan, el heredero del trono de la monarquía española, la esperanza de la patria, próximo á dar su mano á la princesa Margarita, con la que ya habia celebrado esponsales, sucumbió inesperadamente, produciendo un inmenso dolor en el corazon de la reina.

En aquellos momentos comenzó á eclipsarse su estrella.

Hasta entónces le habia sonreído la felicidad.

Los dias de su reinado habian sido dias de triunfo y de gloria.

El imperio de la media luna habia desaparecido de España arrojado por sus victoriosas armas.

Un pobre marino genovés habia aumentado con ricas joyas las que adornaban su corona.

Habia unido á su hija con el archiduque de Austria, y todo hacia creer que sus sueños se habian realizado, cuando la muerte del príncipe don Juan vino á ser la primera piedra desprendida del edificio de su ventura.

El dolor de la reina se comunicó á toda la nacion.

No fué Colon quien ménos sintió la pérdida del infante, Diego, su hijo, lloraba la muerte de su señor y de su amigo.

Era la segunda desgracia que experimentaba en su vida, y apesadumbrado su corazon, quiso renunciar para siempre al mundo y sepultarse en el claustro.

Ignoraba que la gloria de su patria debia ofrecerle aún el más risueño porvenir.

Pasado algun tiempo, la pobre madre pensó en el marino que sufría con paciencia, respetando su pena.

Las noticias que se recibieron entre tanto de la colonia eran desconsoladoras.

El hambre empezaba á hacer estragos entre sus moradores.

Aun á riesgo de aumentar el dolor de la soberana, fué Colon á verla, y la pintó con vivos colores la situacion de la colonia.

Inmediatamente dispuso que partieran dos buques, y fué tan terminante su orden, que todas las argucias de Briviesca y los deseos de su protector fueron inútiles.

A principios del año 1498 partieron dos carabelas con víveres, al mando de Pedro Fernandez Coronel.

El obispo Fonseca habia manifestado que no habia fondos para facilitar aquellos buques.

—Yo los daré, dijo la reina.

Y los tomó del dote destinado á su hija doña Isabel, que debia casarse con el rey de Portugal.

Queriendo dar una nueva prueba de consideracion al almirante, hizo que sus dos hijos, Diego y Fernando, entrasen á su servicio en calidad de pajes, como ya lo habian sido del príncipe don Juan.

Colon partió á Sevilla para activar los preparativos de su marcha.